

Gregorio Marañón,
en una imagen
de archivo del año
1908, posa junto
a una calavera.

C U L T U R A

EL MUNDO
DOMINGO 11
DE OCTUBRE
DE 2015

EL CIGARRAL ILUSTRADO DEL DOCTOR MARAÑÓN

La vida intelectual de la España de antes de la guerra pasó por allí. Lorca leyó 'Bodas de sangre' hasta las lágrimas y Unamuno descubrió algunos de sus mejores poemas. Ahora, Gregorio Marañón Bertrán de Lis publica las memorias de un lugar mítico para la historia cultural de este país. **POR ÁNGEL VIVAS**

LITERATURA GABRIELA YBARRA NOVELA EN 'EL COMENSAL' LA MUERTE DE SU ABUELO JAVIER A MANOS DE ETA (PÁG. 62)

Gregorio Marañón en la biblioteca del Cigarral junto a un retrato de Unamuno. EL MUNDO

El rey Alfonso XIII llega a las Hurdes con el doctor Marañón en junio de 1922. ALFONSO



Por allí pasó buena parte de la nómina de la cultura y la política españolas del siglo XX, como Unamuno, Lorca, Baroja, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Gómez de la Serna, Aleixandre, Cela, Menéndez Pidal, Azaña...

Camilo José Cela escribió que, allí, el doctor Marañón descansaba trabajando. El hispanista francés Jean Sarrailh dijo que era «un verdadero retiro de silencio, un lugar elevado del espíritu, cargado de una larga tradición literaria que continúa exaltando el alma». Para Luis Jiménez de Asúa era un «remanso de arte y de buenos libros». «El jardín evoca paz y felicidad», dijo por su parte el diplomático chileno Carlos Morla Lynch.

Podrían añadirse muchos más testimonios y todos seguirían girando alrededor del mismo campo semántico: paz, sosiego, silencio, felicidad. También trabajo fructífero y amistad («gran patria de la amistad», lo llamó González Ruano). El lugar aludido es el Cigarral de Menores que el doctor Marañón adquirió en 1921 y convirtió en un foco de cultura, bienestar y amistad. Es decir, quizá no se propuso (de un modo proactivo, como se dice ahora) hacerlo, pero Marañón era la figura que era en la España de su tiempo, y se iba a verle «como si fuera una catedral humana», en expresión también de César González Ruano.

Por allí pasó buena parte de la nómina de la cultura y la política españolas del siglo XX, como Unamuno, Lorca, Baroja, Valle Inclán, Juan Ramón, Gerardo Diego, Gómez de la Serna, Aleixandre, Cela, Menéndez Pidal, Azaña, Indalecio Prieto... También extranjeros como Marie Curie, Alexander Fleming, Marcelle Auclair o, ya muerto Marañón, Jean Cocteau o el general De Gaulle.

Hoy, tantos años después, el Cigarral sigue siendo un foco de cultura. «En el Cigarral, en mi tiempo, se han gestado algunos proyectos culturalmente relevantes como el de la Real Fundación de Toledo, el Centro Internacional de Toledo para la Paz, la Fundación El Greco 2014 y algunos de los proyectos principales del Teatro Real, que también nacieron de conversaciones celebra-

das entre sus muros», explica su actual propietario, Gregorio Marañón Bertrán de Lis, que lo adquirió en 1977.

Enamorado confeso del Cigarral, Marañón Bertrán de Lis acaba de añadir un importante eslabón a la tradición familiar del lugar: el libro *Memorias del Cigarral. 1522-2015* (Taurus), volumen profusamente ilustrado que sale estos días a las librerías y que relata su historia en un texto muy bello literariamente.

«El origen del libro», recuerda su autor, «se remonta a una conferencia que di en 1996, en Toledo, compartiendo la tribuna con Mario Vargas Llosa. Me referí entonces al Cigarral de Menores, con la escasa información histórica de que entonces disponíamos. En los años siguientes, decidí investigar en los archivos toledanos en ratos perdidos hasta llegar a conocer muy de cerca la vida de Jerónimo de Miranda, el fundador del Cigarral en 1597, un Canónigo de la Catedral de Toledo, erasmista y riquísimo, que creció mientras las hogueras de la Inquisición quemaban a siete familiares muy cercanos, unos por luteranos y otros por judaizantes. Él compró el Cigarral y le encargó a Monegro una especie de villa renacentista que luego donaría a la Orden de los Clérigos Menores. Embarcado en aquella investigación, poco a poco fui escribiendo las *Memorias del Cigarral*, que llegan hasta nuestros días. Unas memorias que desde hace un siglo se confunden con las de mi familia Marañón y, más recientemente, con las mías».

La primera parte, una incursión histórica con personalidad propia, lleva al lector a la España del siglo XVI. Es entonces cuando los cigarrales, esas fincas rústicas típicas de las afueras de Toledo, cuyo nombre parece deberse a la abundante presencia de cigarras, son cercados para protegerlos del ganado trashumante y adquieren su fisonomía actual. Es también entonces cuan-

do aparecen citados por primera vez en un cancionero. En el siglo siguiente, Tirso de Molina les dedicó toda una obra, señalando veinte de ellos, uno de los cuales es el que nos ocupa.

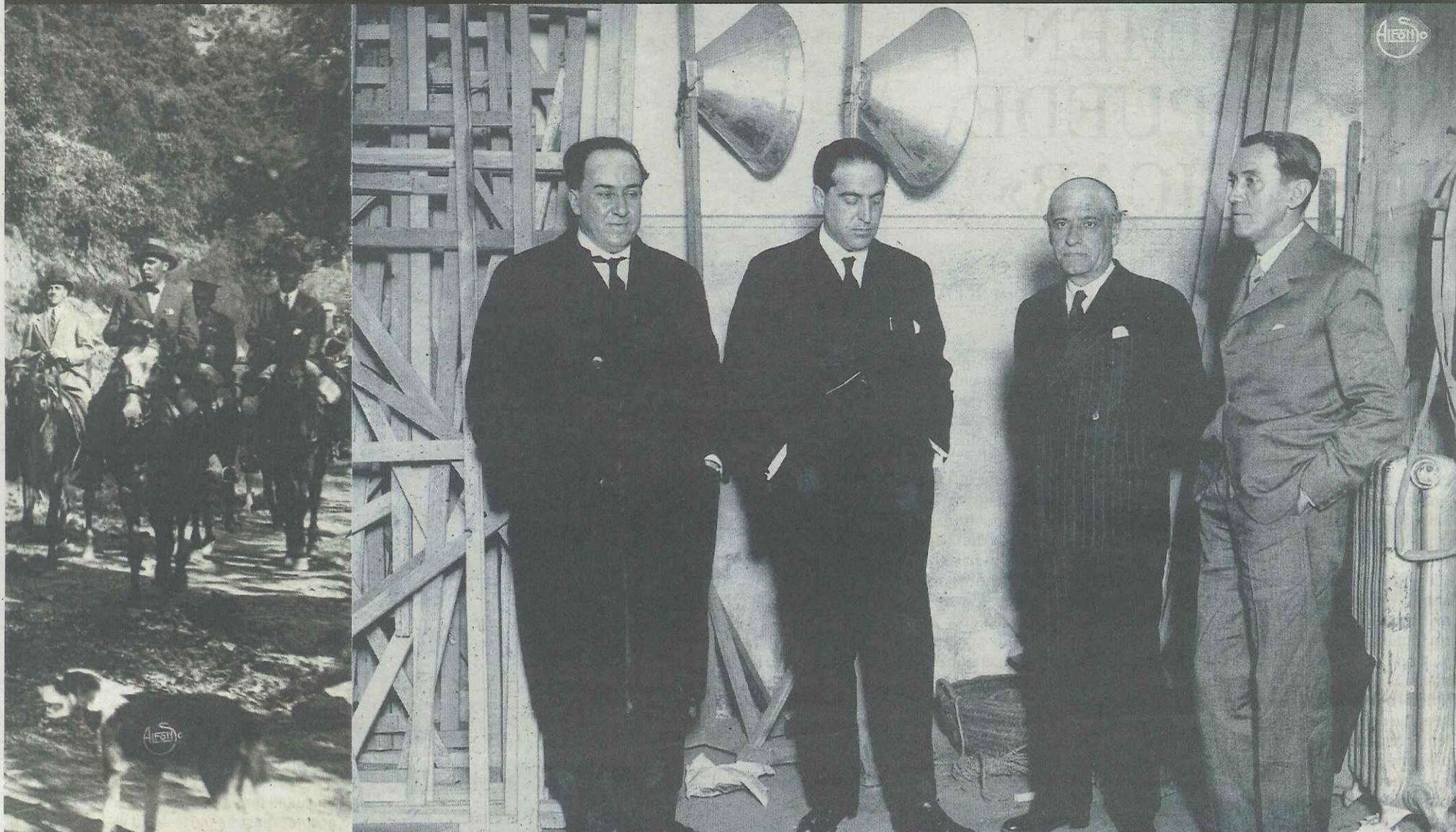
Jerónimo de Miranda, desde su óptica religiosa, vio en su propiedad algo parecido a lo que vería Gregorio Marañón cuatro siglos después: «Un sitio a propósito para el recogimiento y la devoción, que nunca podría hallar otro igual en muchas leguas en su contorno». El doctor Marañón, enamorado desde muy joven de Toledo, de la mano de Pérez Galdós, bautiza el Cigarral como «de los Dolores» en homenaje a su mujer y respeta la arquitectura original, realizando solo las reformas necesarias para incorporar las comodidades de la vida moderna.

Las anécdotas que se suceden a partir de entonces son inagotables. Unamuno leyendo su poema *Al Cristo de Velázquez* mientras la habitación se va llenando de las sombras del atardecer; Lorca despotricando contra otra lectura más tediosa del santón del 98, esta vez la de *San Miguel Bueno, mártir*, mientras se metía en la fuente; el mismo Lorca emocionando al auditorio (se vio a Marañón enjugándose las lágrimas) al leer sus *Bodas de sangre*.

Todo eso se sabe por los testimonios de unos y de otros. Otras veladas tenían un carácter distinto, como la que, a finales de 1930, reunió al ministro monárquico Leopoldo Matos y al republicano Ossorio Gallardo para tratar de llegar a un acuerdo entre ambos bandos, imposible ya a esas alturas (*Delenda est Monarchia*, que dijo Ortega por entonces). «En la política -escribe Marañón Bertrán de Lis- como en la vida, hay posibilidades que tienen su momento, pero cuando éste pasa resultan irrecuperables».

En 1977, Marañón Bertrán de Lis no necesitó pensár-

Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala en el acto de presentación de la Agrupación al Servicio de la República el 4 de febrero de 1931. ALFONSO



Ha mantenido intacto el despacho de Marañón (allí están sus gafas, como si fuera a necesitarlas en cualquier momento para seguir trabajando; la agenda con las direcciones del exilio de París), y ha trabajado en la recuperación de textos inéditos

selo mucho para comprarlo. «Por un azar familiar», explica, «a los 35 años pude adquirir el Cigarral que había sido el paraíso de mi infancia perdida. Lejos de sentirme guardián de su pasado, le he dado desde entonces nueva vida abriendo sus puertas al espíritu de nuestro tiempo, a los problemas de nuestra sociedad, a la cultura y al arte de hoy».

Lo del paraíso de la infancia no es un modo de hablar. «De pequeños nunca tuvimos la sensación de molestar a los mayores», dice. «Mi abuelo podía estar escribiendo en el jardín y nosotros jugando a su alrededor sin que nos llamara la atención ni pidiera que bajáramos el tono de nuestras risas. Fueran quienes fueran los visitantes, nos mezclábamos con ellos y pasábamos del mundo de los pequeños al de los mayores sin transición. Supongo, pero no lo recuerdo, que nos habrían educado para que, con todo, fuéramos niños soportables».

«La familia Marañón, mis abuelos, mis tíos, mis primos», añade, recordando aquel tiempo, «compartíamos los fines de semana y las vacaciones de Navidad y Semana Santa en el Cigarral, y las vacaciones del verano en San Juan de Luz. Por cierto, allí fue, cuando tenía doce años, donde empecé a descubrir la otra España, la del exilio, la de los amigos socialistas y nacionalistas vascos de mi abuelo que se reunían en una tertulia en el Bar Basque. Les imaginaba como misteriosos conspiradores, cuando, en realidad, eran unos magníficos amigos que gozaban con su reencuentro, sin dejar por ello de soñar con una España en libertad y reconciliada».

Aquel ejemplo arraigó en Marañón Bertrán de Lis. «La vida puede ofrecernos maestros extraordinarios, pero somos nosotros quienes les escogemos como tales. Así, yo, desde mi adolescencia, elegí a mi abuelo Marañón como mi mejor ejemplo, pero nunca he querido co-

bijarme bajo su sombra benéfica ni ejercer la condición de nieto».

Sin sentirse «guardián del pasado», Marañón Bertrán de Lis sí conserva en el Cigarral de Menores el mismo espíritu culto, liberal, amistoso y hospitalario que lo caracterizó. «Si tengo que definir hoy ese espíritu, al que tantos antes se han referido, de la paz del Cigarral, diría que allí se experimenta la misteriosa sensación de que las horas pasan sin herirnos», dice.

Ha mantenido intacto el despacho de Marañón (allí están sus gafas, como si fuera a necesitarlas en cualquier momento para seguir trabajando; la agenda con las direcciones del exilio de París), y ha trabajado en la recuperación de textos inéditos o perdidos de Gregorio Marañón: un libro sobre la expulsión de los moriscos, que publicó Taurus hace unos años, una primera versión de su famoso *Don Juan*, un trabajo sobre la expulsión de los jesuitas (parte de su gran empresa inconclusa sobre el exilio español), ya corregido a máquina y todas las cartas que le escribió a su entonces novia, Lolita.

Pero, además de devolverle su nombre histórico de Cigarral de Menores, ha ampliado notablemente su extensión y le ha incorporado un buen número de obras de arte, tareas en las que no ha estado solo. «En la apasionante aventura del Cigarral he contado con la colaboración esencial de mi mujer, Pilar Solís. El campo y sus jardines están a su cuidado y ella además colabora conmigo en todo. El Cigarral, de alguna manera, forma parte también del proyecto de vida que compartimos». «El Cigarral», añade, «constituye una apasionante aventura que no me ha distraído ni por un instante del ejercicio de mi vocación profesional y cívica. Es el retiro en el que descansamos cuando recuperamos fuerzas para iniciar una nueva aventura o, sencillamente, cuando

buscamos el goce en paz de nuestra felicidad».

El apabullante perfil de Gregorio Marañón Bertrán de Lis (presidente del Patronato y la Comisión Ejecutiva del Teatro Real, de la Fundación El Greco 2014, vicepresidente de la Fundación Ortega-Marañón, académico de Bellas Artes, patrono de la Biblioteca Nacional y del Museo del Ejército...) no estaría completo sin una vertiente política. «Pertenezco a la generación que hizo la Transición y que ha liderado nuestro país durante el periodo de mayor libertad, prosperidad y cambio social de los últimos siglos. He participado por tanto, también, en algunas de las iniciativas políticas o cívicas que han originado este impulso transformador. Tienen su reflejo en las vivencias del Cigarral pero no ha llegado aún el momento de relatarlas».

Gregorio Marañón Bertrán de Lis. JAVI MARTÍNEZ

